

CAPITULO IV.

De lo que dió lugar á que Gabriel de Espinosa diese de estocadas á Cesar Malatesta.

I.

Retrocedamos.

La góndola en que habian entrado Estéfana Barbarigo, Gabriel de Espinosa y Laureta, y á cuya popa se habia colocado un esbirro, siguió el Gran Canal adelante, recorrió algunos canales, entró en las Lagunas, y á un extremo de ellas atracó delante de un edificio, entre una multitud de góndolas que iban y venian cargadas de gente alegre y bulliciosa.

Aquel edificio, que era bello y estaba profusamente iluminado, constituia la entrada de los jardines de Apolo.

Estos jardines eran uno de los muchos lugares donde se ofrecia á la alegre Venecia un largo, múltiple y animado espectáculo nocturno.

Un lugar á donde concurrían por centenares las da-

mas galantes y los buscadores de aventuras, encubiertos bajo el antifaz, y de donde todas las noches sacaban los esbirros alguna gente presa.

Pero el buen pueblo de Venecia se divertia á sus anchas de una manera fenomenal, en aquella orgía que empezaba al principio de la noche, y concluia al principio del dia siguiente.

Un pueblo que se divierte no conspira, y el Consejo de los Diez dejaba, por lo mismo, que se divirtiese á sus anchas el buen pueblo de Venecia, aunque sus costumbres se fuesen corrompiendo más y más por estas continuas orgías.

II.

Antes de saltar en tierra Estéfana pidió á Laureta los antifaces, y dió uno de ellos á Gabriel de Espinosa.

Cuando saltaron en tierra Estéfana, Gabriel de Espinosa y Laureta, tenían completamente cubiertos los rostros con antifaces negros, y era imposible conocerlos.

Apenas se habian retirado tres pasos del borde de la Laguna, saltó de la popa de la góndola un hombre cubierto tambien con un antifaz.

Era el esbirro que habia acompañado desde la plaza de San Márcos, sin ser notado por ellos, á Estéfana, á Gabriel de Espinosa y á Laureta.

—¿No te dijo César Malatesta, preguntó Estéfana á Laureta, que para ser reconocido por mí llevaria sobre la parte izquierda del pecho un lazo de oro y diamantes?

—Sí, señora.

—¿No te dijo además que le encontraría en uno de los pabellones del Laberinto?

—Sí, señora.

Cuando tenía lugar este diálogo entró Estéfana y su doncella, iban envueltos entre la multitud que se apiñaba al entrar por el pórtico de los jardines de Apolo.

Estéfana no notó que inmediatamente junto á ella una mujer que se apoyaba en el brazo de un hombre prestaba suma atención á este diálogo, y no apartaba su negra mirada, que brillaba ardiente á través de las estrechas aberturas de su antifaz negro, en Gabriel de Espinosa.

La gente se aglomeraba y no podía pasar, porque los que iban llegando á la puerta interior del vestíbulo se detenían para pagar; así es, que todos estaban parados: la máscara que escuchaba la conversacion de Estéfana y Laureta, no perdía una sola palabra.

—No comprendo, dijo con irritacion Gabriel de Espinosa, de modo que lo oyó perfectamente la máscara que escuchaba, por qué ese empeño de ver á César Malatesta antes de nuestro casamiento.

—Tú no le verás, dijo Estéfana; en cuanto entremos, Laureta y yo nos separaremos de tí.

—¡Ah, no! Yo no te dejaré soltarte, dijo Gabriel de Espinosa.

—¡Ah, sí! dijo riendo ligeramente Estéfana; ya encontraremos medio Laureta y yo de perdernos; por lo mismo, voy á decirte donde nos podemos encontrar.

—Es inútil, porque no te soltaré.

—Escucha por si acaso: dos horas despues de que nos

hayamos perdido, espérame en el jardín del Lago, junto á la estatua de Niove.

—¿Y por qué no he de estar yo á tu lado?

—Porque no quiero que se espante el señor César Malatesta; es necesario precaverse de ese miserable, y basto yo sola; no quiero que tomes tú parte en ello.

La máscara que observaba no pudo oír más.

Un grupo de estudiantes que habia sobrevenido, se habia metido como una cuña entre ella y Estéfana.

Grupos que fueron llegando sucesivamente, los separaron más y más.

III.

La máscara que habia escuchado, por su apostura, por ese no sé qué característico que emana de ciertas mujeres, parecia ser muy hermosa, á pesar de que iba completamente envuelta en un ancho albornoz de lana blanco, con rayas pardas, y el capuz echado sobre la cabeza.

Aquel albornoz era completamente moro, cosa que no se extrañaba en Venecia, que tenia comercio con el mundo entero, y mucho más con África, que estaba frente á ella.

El hombre en cuyo brazo se apoyaba esta máscara, iba cubierto por un albornoz completamente blanco y completamente africano.

—Es necesario que no te olvides de su traje, dijo la mujer del albornoz rayado al hombre del albornoz blanco; él está vestido á la veneciana, con birrete de grana

y oro, loba de terciopelo negro con armiño, justillo de raso blanco y negro con cuchilladas tomadas de oro, calzas blancas y zapatos de terciopelo negro con cuchilladas como el justillo.

— Aunque fuera envuelto de los piés á la cabeza le conocería, señora, dijo el hombre.

— Ella, añadió la mujer del albornoz rayado, lleva manto de terciopelo negro, y debajo traje de raja blanca de Florencia bordado de oro; la doncella lleva manto de terciopelo negro, y debajo traje de damasco encarnado con adornos de seda negros.

— No lo olvidaré, señora; y aunque se nos han perdido, les encontraremos.

— No te olvides, dijo la dama del rayado albornoz, de buscar un hombre que debe llevar en el pecho, sobre el corazón, un lazo de oro y diamantes; ese hombre debe estar en el Laberinto; pero yo no he estado nunca aquí, y no sé hácia qué parte puede estar ese Laberinto.

— Él nos lo dirá; pero si es un verdadero laberinto, nos exponemos á perdernos.

— Más perdida que estoy, no puedo estarlo, ni más vendida, ni más olvidada. ¡Oh! ¡Qué ingratitud tan horrenda!

Una oleada de gente que se aglomeraba más y más á la entrada del pórtico los lanzó dentro del vestibulo, y poco despues estaban junto á los cobradores, á quienes pagaron el precio de la entrada, y pasaron, entrando en los jardines.

IV.

Tras ellos entró un hombre de aspecto singular, del cual emanaba un no sé qué de terrible y astuto.

Iba completamente vestido de negro, envuelto en una especie de manto de gruesa bayeta negra, con una gorra de lo mismo y un ancho antifaz negro de seda.

Aquel hombre era el esbirro que habia seguido desde la plaza de San Márcos hasta los jardines de Apolo á Gabriel de Espinosa y á Estéfana Barbarigo.

Ya nos hemos ocupado de este esbirro en otra ocasion; era Brachioforte, el hombre de más confianza del Consejo de los Diez.

El traje que Brachioforte llevaba, era puramente un traje de estudiante veneciano.

Pero el estudiante veneciano, como el estudiante de todas partes, dejaba conocer la alegría y la travesura de su carácter á cien leguas de distancia, y si algo emanaba de Brachioforte, era una gravedad amenazadora y sombría.

V.

Inmediatamente que se pasaba del vestibulo, no habia motivo para que la gente estuviese apretada.

El vestibulo era como el cáuce de un rio que arroja su corriente en el mar; porque los jardines de Apolo eran extensísimos.

Así es, que la concurrencia se esparcia libremente

en los jardines apenas entraba en ellos, y se dirigia á su placer á las avenidas de árboles, iluminadas por festones de faroles de colores, en la circunferencia del ancho espacio que se encontraba inmediatamente despues de la salida del vestibulo, cubierto de arena blanca y apisonado, y en cuyo centro se alzaba una fuente monumental, con una gigantesca estatua de Apolo en la parte superior.

Bajo los caprichosos juegos de agua de esta fuente, que formaban fanales, palmas y abanicos, lucian, produciendo un efecto admirable, una multitud de vasos de colores.

Esta fuente, las avenidas de árboles iluminadas, el cielo despejado dejando ver ese azul incomparable de una noche tranquila, en que la luna no amortigua el vivo resplandor de los luceros, hacian de aquel lugar de placer, uno de los encantados lugares que encontramos descritos en los cuentos persas.

VI.

Brachioforte adelantó en paso lento hasta cerca de la fuente, y allí se detuvo, con la cabeza alta, en la actitud del podenco que toma el viento para conocer el rastro de la pieza.

Podia comprenderse que vacilaba en la direccion que debia seguir, cuando vió pasar junto á él un caballero galana y ricamente vestido, que sin vacilar tomó la direccion de una ancha avenida situada en el centro del semicírculo de árboles que constituia el límite del espa-

cio, en medio del cual se alzaba la fuente de Apolo.

—¡El señor César Malatesta! dijo Brachioforte refiriéndose al caballero que acababa de pasar, y á quien á juzgar por su dicho, habia reconocido á pesar de su antífaz: á donde él vaya irán ellos, y donde ellos se encuentren con él, será donde esté el peligro.

Y Brachioforte, rebujado en su manteo, tiró detrás de César Malatesta, que andaba de prisa, como quien vá con gran interés á un lugar determinado.

VII.

Muy pronto empezó á oírse una alegre música que resonaba á lo lejos, y que se iba apercibiendo distintamente, á medida que César Malatesta y su seguidor adelantaban rápidamente, dejando atrás á la multitud de máscaras que marchaban por la avenida.

A la salida de ella se detuvo de repente Brachioforte. Habia visto á Gabriel de Espinosa, solo, que miraba á derecha é izquierda, como aquel á quien acaba de perdersele entre una multitud una persona de quien iba acompañado.

—Atencion, se dijo á sí mismo Brachioforte; el señor Gabriel ha perdido á la señora Estéfana Barbarigo, ó más bien, se le ha escurrido ella; Dios tenga piedad del señor César Malatesta, si yo no ando listo; me parece que esta noche hace una de las suyas la medicina de los Borgias: adelante.

Y se lanzó fuera de la avenida, entrando en un espacio en medio del cual se extendia una pequeña lagu-

na, con la vista fija en César Malatesta, que en aquel momento pasaba junto al pedestal de una magnífica estatua de Niove.

Cerca del lugar por donde iba marchando César Malatesta se extendía una intrincada espesura de árboles, en la que se abrían una multitud de estrechos senderos, iluminados opacamente acá y allá por un farol de vidrios azules, que producía una claridad débil, blanda, ténue.

Aquellos senderos constituían lo que se llamaba el Laberinto de los jardines de Apolo.

A ellos se dirigían máscaras de ambos sexos, y á uno de ellos se dirigió César Malatesta.

Brachioforte apresuró el paso, corrió, llegó casi al mismo tiempo que Malatesta á la entrada del sendero; pero se inclinó á la derecha y se metió entre los árboles, siguiendo por entre ellos y sin ser visto á Malatesta, que adelantaba con rapidez por entre aquel enmarañamiento, y con una seguridad tal, que demostraba que en aquellos lugares era muy práctico.

La música sonaba ya muy cerca, como partiendo del centro del Laberinto.

César Malatesta marchaba sin duda de una manera segura, porque á medida que adelantaba, se apercibía más cercana la música.

Brachioforte no perdía de vista á Malatesta, desliziándose en la sombra por entre los árboles.

Al fin, Malatesta desembocó en un gran espacio circular, cubierto de césped, en medio del cual se alzaba un edificio, á través de cuyas vidrieras de colores se

veía el fuerte reflejo de la iluminación del interior.

Dentro de aquel edificio sonaba la música, y á él se dirigían máscaras provenientes de todos los senderos del Laberinto.

César Malatesta se detuvo cerca de una de las puertas del gran pabellon oriental de que ya hemos hablado.

Brachioforte salió de entre los árboles, se encogió, adelantó encogido, y se tendió entre la yerba, oculto por ella, y fuera de los senderos.

VIII.

Pasó algun tiempo: al fin, dos mujeres, una de las cuales llevaba bajo su manto un traje blanco, como la otra llevaba bajo el suyo un traje encarnado, salieron por entre los árboles y se detuvieron, sin ver á Brachioforte muy cerca de ellas.

—Laureta, dijo Estéfana, que ella era, aquel que está parado cerca de la puerta, es sin duda César Malatesta; aquí debemos separarnos, porque yo sola debo hablarle, y tú, además, tienes que ir á encontrar á Bempo y avisarle. Lo que te he dado debe ponerlo en las confituras secas: César Malatesta sabe que yo no las como, y él gusta mucho de ellas, particularmente de las peras; que haya una hermosa pera entre las confituras: véte ya.

Laureta se separó de Estéfana, y se dirigió al pabellon, donde entró.

Estéfana, en tanto, se dirigía lentamente hácia el sitio donde esperaba de pié y con marcadas señales de impaciencia César Malatesta.

—¿Qué haces aquí guardando esta puerta? dijo Estéfana alterando la voz cuando hubo llegado César; te expones á tener un mal encuentro; porque á tí te conoce todo el mundo, y te conoce de mala manera.

—El encuentro bueno ó malo que esperaba, le tengo ya, dijo Malatesta.

—¿Sabes quién soy? dijo riendo Estéfana; estoy segura de que te engañas.

—Mi corazon latiría menos si fueses otra, dijo César Malatesta.

—¡Ah! ¿Tú corazon late por mí?

—Como no ha latido por ninguna mujer.

—Dicen que te casas, César, y puede suceder que creas que quien te habla es tu esposa.

—Si tú consintieras en ser mi esposa, Elena Conti, á pesar de todos los poderes del mundo, se quedaria sin casar.

—¿Quién crees que soy yo?

—La mujer que adoro, y de quien he recibido una cita para el pabellon turco de los jardines de Apolo.

—¡Que has recibido una cita de mí! Tú estás loco, César.

—Esta mañana he recibido una carta en que se me daba una cita, y al pié de la cual se leia Estéfana Barbarigo.

—En buen hora; la carta puede no ser de Estéfana, como muy bien puedo yo no serlo.

—Yo te conozco, dijo Malatesta; se desprende de tí un perfume que no tiene ninguna otra mujer.

—Gracias en nombre de Estéfana, que es lástima que

no sepa lo enamorado que estás de ella. ¿Pero cómo es que siendo tú quien eres no te ama Estéfana?

—Tú lo sabes, y hé ahí por qué tu cita me extraña, y me extraña mucho más el que no hayas faltado á ella.

—Repito que te engañas.

—¿Y cómo es que estás aquí sola conmigo? ¿Que para acercarte á mí has despedido á tu doncella?

—Vengo buscando á un hombre á quien amo, y te he confundido con él; por lo mismo, y puesto que he conocido al verte, mi equivocacion, quédate con Dios, César.

—Espera, espera, dijo Malatesta asiéndola una mano y deteniéndola: ¿dime quién es el hombre á quien amas?

—Yo no amo: me caso simplemente.

—¿Sin amor?

—Así se casan la mayor parte de las mujeres.

—¿Y por qué eso?

—Porque generalmente el hombre á quien amamos, no quiere ó no puede casarse con nosotras.

—Hablas con una franqueza que espanta.

—Como que tengo puesto el antifaz.

—Las mujeres estais siempre enmascaradas.

—Para todo el mundo, sí; para el hombre á quien amamos, no.

—¿Y dices que no amas al hombre con quien te vas á casar?

—No.

—¿Y por qué te casas con él?

—Por desesperar al hombre que me ama, y de quien no me atrevo á mostrarme enamorada, aunque le amo con toda mi alma.

Latió violentamente el corazón de César Malatesta, y su sangre ardió.

—¿Y no conoce el hombre que te ama, dijo, que le amas tú?

Y la voz de Malatesta temblaba.

—No, dijo Estéfana, porque en vez de amor, le he mostrado odio, le he hecho concebir esperanzas, y le he burlado; es demasiado presuntuoso y vano, y yo he humillado su vanidad con un desprecio tan bien fingido, que él le ha creído verdadero.

—¿Es esta una nueva traición, Estéfana? ¿Es esta una nueva burla?

—Me alegraría de que te oyese Estéfana; porque una de dos, César: ó á fuerza de seducir mujeres has aprendido á mentir como las mujeres, ó estás enamorado de Estéfana Barbarigo con toda tu alma.

—¿Y puedes dudarle? ¿No te he dado pruebas de mi locura, de mi desesperación? ¿No me veo por tí despreciado y maldecido por mi segundo padre, por tu noble padre Giacomo Barbarigo?

Estéfana soltó una carcajada tan natural, tan burlesca, que César Malatesta dudó.

—¿Si no eres Estéfana, dijo, cómo sabes lo que me has dicho?

—Como sé muchas otras cosas más; ¿dime, César, añadió Estéfana acercándose al oído de Malatesta con acento ardiente, aunque siempre perfectamente fingido, para cuántos amores tienes tú corazón?

—Para ella sola, dijo Malatesta estrechando contra su pecho la suave y mórbida mano de Estéfana, que ardía.

—¿Y dime, César, si la que te hablase fuese tu sultana mora, la esposa de ese extranjero que se murmura es el rey don Sebastian, responderías lo que me has respondido á mí, creyéndome Estéfana?

—Yo estoy loco, dijo Malatesta; yo busco amores desesperados para calmar el dolor que me causa el desprecio de Estéfana, de mi diosa, de mi ángel terrible, de mi destino; yo he acabado por dudar quién eres tú; tienes la misma estatura, el mismo aspecto, la misma morbidez que tres mujeres, entre las cuales me encuentro colocado. Pues bien, aunque tú seas esa sultana mora, doña María de Souza, la esposa repudiada por el rey don Sebastian; aunque seas Elena Conti, la mujer á quien me unen, no el amor, sino lazos fatales que no pueden romperse sino cuando uno de los dos haya exterminado al otro; seas cualquiera que conozca por una causa que no adivino mis secretos, sábelo: yo amo á Estéfana Barbarigo; ella es la única mujer de quien he sido esclavo, de quien seguiría siendo esclavo.

—Estéfana se casa esta misma noche, dijo con voz opaca y alentando apenas Estéfana; tú lo sabías, tú te vas á casar también esta noche con Elena Conti; ¿qué has hecho tú?

—Venir á una cita de Estéfana.

Estéfana estrechó fuertemente la mano de César Malatesta, y con la mano izquierda, trémula y presurosa, se despojó del antifaz, y arrancó el suyo á César Malatesta.